

Muriel acababa de perder el avión y llora desesperanzada.

Bien podría comprarse otro billete, para ella no supondría ningún inconveniente pues era rica, aunque de lo que carece ahora es de algo mucho más importante que el dinero, pero no sabría definirlo.

Lo tenía todo, especialmente autoestima, aquello de lo que según Manu carecían casi todas las mujeres.

Sin embargo sentía que le faltaba lo esencial para vivir, como el agua del alma.

¿No era amor lo que él le había ofrecido todos esos años?

Sin duda.

¿Y qué es el amor?

Todo lo que se necesita para ser feliz.

¿Y en qué consiste?

En entregarse a alguien en cuerpo y alma olvidándose de uno mismo y fundiéndose con la eternidad.

“Cuanto más vacío está un corazón, más pesa”, había leído una vez, y qué cierto era.

Lo pesaroso, la pesadumbre, eran palabras que había estudiado en español y que en su momento había memorizado porque compartían raíz con el verbo pesar.

Ahora, precisamente, entendía por qué significaban tristeza.

Entonces los españoles debían estar muy acostumbrados a sufrir porque habían expresado muy bien lo que se siente.

Tanto le costaba soportar la pena que era incapaz de dirigirse al mostrador de venta de billetes de Air France a comprar otro.

Lloraba como si hubiera perdido no sólo un avión, sino el mundo entero, el cielo, el mar, la tierra e incluso el universo con todas y cada una de sus galaxias.

Él le había declarado que ya no la amaba.

No podía ser.

Tendría que tratarse de una crisis temporal.

Ella también había sufrido unas cuantas a lo largo de aquellos diez años.

Todas y cada una, lógicamente, motivadas por la ilusión de otro amor.

Tres veces al menos le había sucedido eso de haber conocido a chicos guapísimos que le habían hecho perder la razón.

En realidad no creía que él pudiera sentir por aquella gorda nada del otro mundo, sino que suponía que se trataría de algún capricho.

O quizás venganza...

Reconocía que aquella noche no había pasado ni un instante junto a él y podría encontrarse resentido por ello.

Y es que Maurice no había dejado de seducirla desde que se había instalado en Madrid, haciéndola caer poco a poco en la trampa.

Aunque en su familia no eran creyentes, como la mayoría de los franceses, pues el suyo era el país del ateísmo, sentía como si hubiera cometido algún pecado que se encontraba expiando.

Si consiguiera ser perdonada tras haber ligoteado semana tras semana delante de sus narices, se sentiría de nuevo dichosa.

Como eso era lo único que realmente le importaba, decidió que no sería necesario volar inmediatamente a París.

Se diría que su corazón, poco a poco, como un globo, había vuelto a inflarse gracias a la esperanza de recuperar a su amado.

Aún así, todavía permanecerá allí llorando algún tiempo antes de vaciarse de la pena que le produce dejar a un hombre tan dulce y cariñoso en manos de otra.

Es como si se me lo hubieran robado, piensa volviendo a llorar desconsolada.